

Poesía



dramaturgia • cuento

#IdartesSeMudaATuCasa-
Otros mundos posibles



Peligro en las calles del cielo

©John F. Galindo

1.

*

Por mi calle la vida se iba entonces en evitar los ronquidos de la muerte. Los repetidos ecos de las balas que reían a carcajadas al doblar la esquina. Mi viejo enfermo bebía su propia orina como quien mira por la ventana mientras espera a que algo pase. Pero no pasaba nada en este barrio. Ni en el mar.

Ni en la sombra que bautizaba los recuerdos.

* *

La calle ardía como el sexo plano de los perros. Como alas de ángeles desparramadas por la sala. Células carnívoras en cada palabra y en cada hueco de esta calle: un niño enfermo mira por la ventana y su cabeza rapada percibe ondas lejanas, mensajes secretos que hablan del dolor. Una madre ausente regresa del trabajo a eso de las diez. El amor olvida cómo se escribe su nombre. Ignora su letra fea. A dos casas de la muerte, una chica escupe el viejo rostro del abuelo que de niña la sentaba en sus piernas y manoseaba su secreto desigual.

La desesperación de un animal por convertirse en polvo.

2.

*

El cielo se caía a pedazos mientras la noche abría mis ojos al bostezo. Un dios ebrio callejeaba solitario mientras rayaba nuestros pórticos con tiza: a) Solo tenemos palabras que no bastan, b) Solo los bienaventurados son más polvo que agua, c) Una plegaria es una ardilla sepultada bajo millones de nueces. No vamos a mirar al cielo mientras el peso de nuestra culpa supere la dimensión de la desgracia.

Miramos tras las cortinas al hombre que revela espejos mientras baila.

**

Tengo un clavo en mi muñeca: las marcas de los años en los que las bombas debajo de la risa destruyeron nuestros dientes. Afuera: el ruido de los automóviles como una parábola de todo lo que nos trajo aquí. El amor se transforma en vino seco y los golpes en las mejillas son el símbolo del tiempo tras la ventana.

Ojalá nuestro lugar en el mundo coincidiera con la lluvia.

3.

*

Antes del diluvio los barcos de papel navegaban solitarios por la arena. Una luna de boca floja musitaba palabras en mi lengua. Las pastillas de mi madre, el reino de los cielos, los tropeles en la tienda. La vecina con pasos de serpiente trapea la nostalgia, pule los huesos de mis vértebras. Me inclino frente a las flores de mi madre.

Mi calvario tiene rostro de mujer.

* *

Quien no ha sentido miedo, se deja caer de espalda al sol; quien no ha sentido miedo, roe sus huesos con cautela, somatiza la demencia en avalanchas; quien no le teme a la muerte, hace de las flores salvas, incendios en el cielo de las cosas; quien no ha sentido miedo, levanta los brazos cansados y súplicas sordas emergen de sus axilas redondeadas; quien no ha sentido miedo es el único que puede salvarse, sangrar sin detenerse.

4.

*

Por las calles del cielo, las cosas son otras cosas: niños que deambulan por los pasillos solitarios, inviernos que no vienen. Por entre mi cuerpo muerto desfilan millones de hormigas rojas, devoran mis dedos, destilan mi sangre.

¿Puede acaso la mordedura de la sombra detener su parto, crucificar el sueño?

* *

El peligro es una brújula orientada verticalmente hacia abajo; pero el infierno no tiene horizonte, pensé, salvo ese pálido encefalograma de la noche. El olvido no habita esta calle ni la maquinaria engrasada con adioses. El peligro no es el mar, sino una crónica obsesión padecida por los vecinos que cierran sus ventanas cuando llueve.

* * *

La persiana oculta las razones de la tarde. Disecciono el sol en partículas minúsculas. Pienso: no hay nadie afuera, en el peligro del invierno que se refleja en el follaje brillante de las buganvilias, nada fluyendo en la risa del aguacero. Solo la voz siniestra de la madre que grita desde adentro: cierra la puerta que hace frío. El vapor de los insectos que se estrellan con la luz, el tintineo de la niebla que envejece, la serena curva del olvido. Solo fragmentos de aire negro sobre la parábola que describe el corazón cuando se apaga.

5.

*

Ya las luces de la calle se apagaban, morían entre sombras oblicuas, bajo aquella masa agazapada. Ya los niños recogían sus juguetes, sus juegos secretos y nadaban en busca de otro mar. Temblando, mi padre escondió sus libros de marxismo y pensé en lo raro que es que todas las calles tengan nombres de hombres muertos en lugar de apellidos de meteorólogas famosas. Crucé corriendo los oscuros callejones, esquivé los avisos que decían PELIGRO, llegué al mismo tiempo que el diluvio, a $\frac{1}{8}$ del frío, a media vida del olvido.

**

Se le olvidan a la muerte las cuestiones fundamentales de lo absoluto: 1. El Absoluto ha de ser real; con independencia de ser o no ser conocido. 2. Aquellos días en que el peligro jugaba con balones y microbios, aquellas noches en que fuimos raspones en las rodillas y manos que se encontraban bajo las manos, no podrán ser nunca el recuerdo de un hombre solo. Por eso esta noche he regresado a los callejones de la muerte, al borde de una silueta trazada con delicadeza, al letrero pegado con cinta en la ventana que ofrece fotocopias y helados, a esta casa que soy, a esta calle que me esquivo. Buscaba abrazar al asesino de mi infancia; lo hallé moribundo y fundido a las fotos que, domingo a domingo, formaban un rectángulo de nuestra historia.

3. Lo que se diga acerca de lo Absoluto es simplemente resultado de la imaginación.

Quedan, después de lo que fuimos, los mapas manuscritos de la noche, húmedos y arrugados, con sus calles peligrosas y sus futuros aún por descubrir (bajo el árbol del parque queda enero, reaparecen las heridas del sol, el corazón exhausto, las bicicletas oxidadas).

Quedan también los días de regreso, con sus amplios ventanales y la promesa de toda perfección. El mar apalabrado que nos tragó un día, con sus peces nocturnos nunca dichos.

Quedan, silencio adentro, la pregunta y la duda de volver, la máxima intención de las cosas. Siempre después de lo que fuimos, cuando entramos definitivamente en lo que estuvo aquí, junto a nosotros, en lo que nunca ha sido nuestro de verdad.

Quedan los ríos velocísimos, los brazos partidos, los hoteles cerrados, los murciélagos en la sala. Un montón de leyendas bajo nuestros nombres, como un lunar rojo, que no sana. Los relojes en punto y las calles desiertas.

* * * *

Toda una muerte aún por recorrer.